
Introducción

Estudios recientes de geógrafos, cartógrafos e historiadores nos han enseñado a ver los mapas como recursos cognitivos, vehículos y productores de significados, dada su función de hacer presente lo que está ausente. Hemos aprendido a ver en ellos una forma de síntesis, una representación de la superficie terrestre elaborada a partir de una simplificación de la realidad. Al mismo tiempo, pensándolos como objetos culturales propios de diferentes épocas, hemos comenzado a preguntarnos acerca de las condiciones de producción de los mapas, así como los procesos y las prácticas que les han dado vida.

Sin negar sus deudas con largas tradiciones de representaciones pictóricas de diferentes tiempos y lugares, la elaboración de mapas trasciende las fronteras del arte imaginativo al ser producto de experiencias concretas que generaciones enteras de cosmógrafos, marinos, matemáticos, astrónomos, exploradores, científicos y distintos pensadores trataron de corroborar en la práctica.

Con el afán de explorar las formas en que esa diversidad de experiencias llevó a la formación de nuevos conocimientos aplicados a la cartografía histórica en el mundo hispano, el presente número de *Estudios Jaliscienses* reúne cuatro textos que reflexionan acerca de este proceso de generación y acumulación de saberes que entre los jesuitas y los franciscanos de la Nueva España en los siglos xvii y xviii, así como en la corte de Felipe v, durante el llamado Siglo de las Luces, llevarían eventualmente a la elaboración de nuevas representaciones cartográficas del territorio novohispano y americano.

Una ardua tarea de recopilación y estudio de testimonios de los siglos xvii y xviii ha permitido a Gabriel Gómez Padilla sentar las bases para la biografía documental de Eusebio Francisco Kino, misionero jesuita de gran trascendencia para el noroeste novohispano. En su artículo, que aborda el Archivo y Proyecto Kino, el autor comparte el proceso de conformación de un *corpus* documental que en la actualidad

rebasa los 1 500 expedientes; la suma de asuntos y materias que están presentes en este archivo dan cuenta tanto de los antecedentes personales del jesuita como de su intensa actividad como misionero, como crítico de los conflictos de poder vinculados con el proceso de poblamiento en la península de Baja California y en Sonora, pero también como estudioso de disciplinas como la geografía y la astronomía. Los trabajos publicados a partir de las colecciones de este archivo, además de los materiales ahí reunidos y aún no explotados a cabalidad, son parte medular de la invitación del autor por volver la mirada al mundo en el que Kino se encontraba inmerso.

De la mano de esta propuesta, el trabajo de Pedro Damián Martínez se propone mostrar los contextos en que los misioneros jesuitas de la Nueva España desarrollaron algunas piezas de cartografía asociadas con la obligación de informar a las autoridades de su provincia religiosa acerca de los progresos de la conversión de los indígenas del noroeste novohispano. La idea del autor consiste en comparar la forma en que a lo largo del siglo xvii fue satisfecho ese requerimiento por parte de los jesuitas, identificando un grupo de mapas (y de misioneros, para este caso) que se ajustan a modelos medievales de representación en que la figuración, y no la exactitud geográfica, es la nota dominante.

En este pequeño universo, las figuras de los misioneros Kino y Consag destacan por su cercanía con una escuela cartográfica francesa de la época, más preocupada por la introducción de anotaciones técnicas que permitieran una mejor localización de límites, rasgos de la geografía y asentamientos humanos. Si bien en líneas generales, argumenta el autor, la mayoría de los mapas producidos por los miembros de la Compañía de Jesús en la Nueva España durante los siglos xvii y xviii no constituían una vanguardia artística, o para el caso, parte de la avanzada científica de la época, en cambio hay varios ejemplos que destacan por su aporte al conocimiento geográfico –tanto en el mundo hispano como fuera de él– construido en su época y reinterpretado posteriormente.

La experiencia en la fabricación de los mapas y los conocimientos necesarios para estos fines no se han construido de manera lineal, con alguna inercia ascendente o de cara al mejoramiento constante. Rosa Alicia de la Torre muestra en su ensayo acerca de Juan de Fresneda, que algunas veces, las condiciones en que estos saberes eran confiados a nuevas generaciones de eruditos desembocaban en regresiones y estancamientos. Mediante una sugerente y novedosa revisión del contexto en que la corona española encomendó parte del desarrollo de sus modelos cartográficos al jesuita Juan de Fresneda a mediados del

siglo XVIII, la autora ofrece algunas explicaciones respecto de la forma en que un cosmógrafo de gabinete respondió a este llamado.

Fresneda, quien en 1743 fuera nombrado por Felipe V cosmógrafo mayor del Consejo de Indias, tenía el encargo de enseñar cosmografía en el Colegio Imperial de Madrid, pero debía combinar esta labor con la producción de estudios y tratados que mejoraran los conocimientos cartográficos de su época. Para este jesuita, dicha búsqueda de conocimientos hubo de limitarse a la biblioteca, comentando lo ya conocido y recopilando conceptos y nociones básicas de geografía y astronomía para la elaboración de compendios que justificaran el pago del sueldo que la corona le había asignado. En este escenario, comenta la autora, destacaría la convicción del jesuita de que era esa la manera de contribuir a la búsqueda de conocimientos en la materia, marcando una notable distancia con la tradición de exploraciones, descubrimientos y observaciones que habían caracterizado a la cosmografía y la cartografía española de épocas anteriores.

Cierra este volumen un ensayo que retoma las conclusiones del texto sobre Fresneda para mostrar la forma en que la tendencia opuesta comenzaba a ganar adeptos tanto en España como en el ámbito novohispano para el último tercio del siglo XVIII. “Ciencia antigua para espacios nuevos” encuentra que en el marco de las exploraciones que franciscanos, soldados, indígenas, colonos e ingenieros españoles realizaron en el norte de Sonora, tuvo lugar un proyecto de demarcación cartográfica inspirado en un tratado de geografía escrito por el agustino fray Enrique Florez hacia 1747. En esta propuesta, heredera también de un viejo proyecto jesuita de expansión territorial, la experiencia y el conocimiento físico del territorio eran indispensables, según las reinterpretaciones contemporáneas de textos de la antigüedad clásica.

Basado principalmente en el testimonio de fray Pedro de Font sobre las exploraciones en Sonora y California, este último texto argumenta que la idea de demarcación geográfica adelantada por los franciscanos del Colegio de Querétaro en Sonora consistía en el reconocimiento de la existencia de pequeñas unidades geográficas caracterizadas por paisajes y formas de ocupación propias de los distintos grupos humanos que las habitaban. La labor que asumían los religiosos que dejaban constancia de dichos espacios y sus habitantes consistía, siguiendo las fuentes citadas, en experimentar esos escenarios, reconocer sus partes constitutivas, para luego plasmar en papel sus linderos.

De esta manera, el recorrido propuesto por *Saberes cartográficos* trata de situar al lector en diversas formas de aproximación al problema

de establecer la razón de la existencia, así como las semejanzas, continuidades y rupturas que puede haber entre los testimonios gráficos y escritos propios del desarrollo cartográfico del mundo hispano, por una parte, y los conocimientos y los modelos de pensamiento asociados con su producción, por el otro. Es una ruta rica en ramificaciones acerca de la cual se ofrecen aquí apenas unos cuantos puntos de entrada. Esperamos que el diálogo académico ayude a trazar nuevos puentes para beneficio de quienes encuentren de interés estas jornadas.

José Refugio de la Torre Curiel
El Colegio de Jalisco